

ELIE WIESEL

# CELEBRACIÓN PROFÉTICA

Personajes y leyendas del antiguo Israel

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2009

Para Hilda, mi hermana.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción de María del Valle López Jalón  
sobre el original francés *Célébration prophétique. Portraits et légendes*

© Elie Wiesel c/o Georges Borchardt, Inc. 2008

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2009

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1719-2

Depósito legal: S. 1159-2009

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2009

## CONTENIDO

<i>Introducción</i> .....	9
1. NOÉ, el superviviente .....	13
2. SARA y AGAR, o el amor de las madres .....	31
3. La ESPOSA DE LOT y su mirada .....	49
4. MOISÉS, o el poder y la soledad .....	63
5. AARÓN, el conciliador .....	81
6. MIRIAM, la desconocida .....	95
7. NADAB y ABIHÚ, o el éxtasis peligroso .....	109
8. JEFTÉ, o la palabra imprudente .....	123
9. SANSÓN, el héroe ciego .....	139
10. RUT, la abuela de reyes .....	153
11. ELÍAS, el hacedor de milagros .....	171
12. JONÁS, o el desacierto .....	191
13. ISAÍAS, el príncipe asesinado .....	209
14. DANIEL, el amigo de los poderosos .....	227
15. JEREMÍAS, o la víctima preferida .....	247
16. EZEQUIEL, un profeta en el exilio .....	267
17. ESDRAS y NEHEMÍAS, o el retorno a Sión .....	281
18. ESTER, la reina clandestina .....	295

## INTRODUCCIÓN

Atenas y sus filósofos, Delfos y sus oráculos, Roma y sus senadores, Jerusalén y sus profetas...

¿Qué es un profeta? ¿Un predicador? ¿Un visionario que prevé el futuro? ¿Alguien que transmite la palabra de Dios a sus criaturas? ¿Alguien que intercede ante Él en favor de sus hijos? ¿Cómo le habla Dios? ¿En sueños? ¿A través de símbolos? El profeta ¿está continuamente poseído por el espíritu de Dios, o se trata más bien de un «estado» intermitente, permaneciendo «normal» el resto del tiempo?

Personaje fascinante en varios aspectos, el profeta o la profetisa (la profecía no está reservada al varón) es un ser profundamente humano, consciente de su debilidad, incluso de su incompetencia ante la tarea que debe cumplir. Raros son los profetas que aspiran a asumir su misión. Ser el emisario del Señor no es cosa envidiable ni agradable. Eternamente aplastado, prisionero entre dos fuerzas, no conoce un momento de respiro. Mezclándose en los asuntos del estado y de la sociedad, sin temer a nada ni a nadie, es perseguido tanto por el cielo como por el pueblo. Nunca es dichoso, ni recompensado, ni siquiera pacificado. Siempre amenazado por la prisión, la humillación y la muerte. Pero no puede hacer nada por evitarlo. En la elección, Dios ha escogido por él. «Un profeta que rehúsa su vocación profética –dice el Talmud– es como si se hiciera teóricamente culpable de una mala acción, mereciendo que el cielo lo castigue con la muerte».

Se le sabe, pues, aislado y con frecuencia solitario. Y trágico. Sin embargo, hubo «escuelas de profetas» en las que se enseñaba, mediante el canto y la danza, a entrar en un éxtasis parecido a la lo-

cura. El profeta ¿es diferente a los hombres entre los que vive y actúa? El mensaje viene de Dios, pero es el profeta quien lo comunica. Las palabras que emplea, las imágenes de las que se sirve, las utilizan también ellos. Sin embargo, esas palabras tienen una resonancia diferente cuando es un profeta quien las pronuncia. En sus labios, las palabras cotidianas adquieren una tonalidad que hace vibrar, una intensidad que estremece. Ciertamente, vive entre sus semejantes, los mismos a los que debe castigar y salvar. Pero viene a transformar la anécdota en leyenda y la peripecia en acontecimiento. Gracias a él, el tiempo deviene intemporal, ardiente, en otras palabras: privilegiado. Se podría decir de todos esos emisarios de Dios que tuvieron una verdadera conciencia política. Pero lo que permanece hoy de sus palabras es su fuerza poética.

Moisés y Jeremías, Samuel y Ezequiel, Isaías, Elías y Miriam se distinguen por su lenguaje, por su personalidad, por su estilo de vida. «Ningún profeta habla como los demás», afirma el Talmud. Se podría añadir que ninguno es semejante a los otros. Algunas biografías de profetas abundan en detalles, otras son avaras de ellos. ¿Por qué algunos profetas figuran como tales en la Escritura misma, mientras otros (Noé, Jacob, Sara) no llevan la corona profética más que en el Midrás? ¿Por qué algunos son carismáticos (Elías, Isaías) mientras otros parecen bastante insustanciales y mediocres? Jeremías era célibe, contrariamente a la mayor parte de sus iguales. Sin embargo, por encima de sus diferencias de carácter y condición social, tienen en común un destino que los distingue de sus semejantes, un destino a menudo trágico. ¿Por qué están condenados a mostrarse demasiado rigurosos, demasiado severos hacia su pueblo? Moisés no entró nunca en Tierra santa por haber sido demasiado duro con Israel. Isaías y Jeremías hablaban demasiado de los defectos de sus contemporáneos y fueron castigados. Ciertamente, no hacían sino cumplir la voluntad divina. No importa: debieron pagar el precio. No se puede ser elegido de Dios sin convertirse en su víctima o en víctima de sus contemporáneos, que es otra manera de ser víctima de Dios.

Los jueces, por su parte, han corrido a veces la misma suerte. Jefes políticos y militares, conocieron también momentos privile-

giados de elección, momentos proféticos: Sansón y Jefé son invencibles solamente cuando el espíritu de Dios los invade. Después, vuelven a su condición humana.

Los profetas tienen tantos puntos en común que a veces parece posible hacer el retrato del profeta tipo. Para conocerlos mejor, o por lo menos escucharlos, ha sido escrito este libro. Como las anteriores *Celebraciones*, es fruto de lecturas públicas y de conferencias universitarias pronunciadas en los Estados Unidos y en Francia. ¿Su objetivo? Estudiar textos antiguos e interrogarlos con la ayuda de comentarios midrásicos y a la luz de las propias experiencias vividas.

En cada capítulo plantaremos preguntas. Preguntas turbadoras, estimulantes —¿no lo son todas, siempre?— que nos proponemos explorar, tal como lo hacemos desde que intentamos perfeccionar por el estudio el arte de preguntar. ¿Qué es el estudio de textos, sino el esfuerzo por poner de relieve estructuras y significaciones poco accesibles, porque están ocultas, incluso prohibidas? La Torá se abre con la letra *bet* para que se le pregunte: ¿por qué no has empezado por la letra *alef*, que es la primera? En el *Libro de los Libros*, la primera de todas las preguntas es formulada no por el hombre, sino por su Creador: «*Ayekha?*», pregunta Dios a Adán. ¿Dónde estás?, ¿cuál es tu sitio en el mundo?, ¿qué has hecho, qué vas a hacer con tu vida? Mirad: una simple palabra ¡y la cantidad de preguntas que contiene...! Formuladas por Dios, son pertinentes y saludables. Pero cuando es el hombre quien las plantea, corren el riesgo de volverse peligrosas. En otro tiempo las *Sifré khakirah*, las obras filosóficas, eran consideradas nocivas, porque permitían cuestionar a Dios su manera de dirigir el devenir del universo. Así, por ejemplo, la *Guía de los descarriados* de Maimónides no se debería abrir antes de cierta edad.

En teología, todas las preguntas son válidas, pero, en materia de fe, a veces es mejor que vayan precedidas por sus respuestas. Cuando la pregunta me acerca a Dios, Dios es la respuesta. Cuando la pregunta me aleja de Dios, Dios mismo es la pregunta.

Pero Dios ¿no está simultáneamente en la una y en la otra? Dios está siempre «dentro», nunca «fuera de».

Esta aventura prodigiosa que ofrece el estudio, en el que la curiosidad literaria se combina con el examen escrupuloso de los textos, es para nosotros protección tanto como recuerdo. Nada hay más estimulante para el espíritu, ni más reconfortante para la memoria. Entrar en un texto, dejarse penetrar por su antigua llama, analizar su estructura, preguntarse sobre su lengua, sus signos, sus silencios, perderse por sus galerías subterráneas, para descubrir en ellas la huella dejada por un comentarista medieval o por un oscuro estudiante del tiempo midrásico: ¿hay mayor alegría?

Entramos en el estudio como se entra en la oración: con un sentimiento de gratitud y también de exaltación. Porque allí, en el interior de las páginas amarillentas por el paso del tiempo, nuestra búsqueda nos pone en presencia de amigos conocidos o desconocidos que, también ellos, buscan comprender, conocer, trascender el tiempo o, al menos, la percepción del tiempo.

¿No es éste el objetivo de esas *Celebraciones*? Conocer a los personajes —hombres y mujeres— que jalonan la historia del pueblo judío. Provocar encuentros que la necesidad de comprender justifica y requiere. Hacer más profundo el canto que vive en el recuerdo, avanzar siempre mirando hacia atrás.

Cuando se trata del estudio, el saber es más valioso que la inspiración. Aprender es apropiarse del saber de alguien. Así, en el terreno de la Halaká (la ley), el sabio tiene prioridad sobre el profeta. Por otra parte, la profecía ha dejado de existir desde la destrucción del primer Templo de Jerusalén. ¿Es por eso que la Shejiná<sup>1</sup>, en su desamparo, no se confía ya a sus servidores?

Puede simplemente que el hombre haya olvidado entonces, y hasta hoy, el arte de escuchar.

1. La palabra hebrea Shejiná —derivada del verbo *shâkan*, «morar», «permanecer»— indica la cercanía o presencia de Dios en medio de Israel [N. del E.].